Carta de ruta del peregrino del silencio

Hermano, hermana: Has recibido del Padre la gracia de sentirte invitado a emprender un camino. Es un don de su amor. Tú sólo has de poner, por tu parte, el deseo sincero de caminar, la ilusión por avanzar en el camino.

Empieza a andar con una gran disponibilidad de vida, con el corazón lleno de acción de gracias. Repite con Jesús: *«Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla»*.

Para tu peregrinación debes llevar tu mochila. Pocas son las cosas que necesitas: la palabra de Dios que será lámpara de tus pies y luz para tus pasos.

Te será necesaria una gran capacidad de donación y entrega, junto al deseo de vivir el mandato de Jesús: *«Olvídate de ti mismo»*.

Carga también con tu cruz. La cruz que hay en tu vida, sea pequeña o grande, es la tuya... No puedes dejar de lado la cruz de los demás. El camino de la plegaria contemplativa te exige, además, asumir y hacerte solidario de la cruz de los demás. Piensa que no podrás orar si pasas de largo frente al hermano herido al lado del camino. Recuerda la parábola del Buen Samaritano.

Si te largas a andar por el camino de la contemplación has de asumir, antes de tu partida, todo lo que esconde el camino, aceptarlo por adelantado y vivirlo cuando toque.

Ten una gran confianza, pues es el Señor quien te dice, en palabras del profeta Isaías: *«No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío. Si pasas por las aguas yo estoy contigo, si cruzas los ríos no te anegarán. Si pasas por el fuego no te quemarás, ni la llama prenderá en ti. Porque yo soy Yavéh, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador... Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo. Pondré la humanidad en tu lugar y los pueblos en pago de tu vida. No temas, que yo estoy contigo»*.

Tómate tiempo para deletrear cada una de estas palabras que el Señor te dice. Escríbelas para colocarlas delante de ti como un memorial.

Recuerda: has de descalzar tus pies, porque estás en tierra de Dios.

Se muy pobre de alma. Acepta con paz tus limitaciones. Y, sobre todo, confía, descalza tus pies y ten un corazón simple como de niño, grande y fuerte como de madre. Un corazón bondadoso como el cielo, que a todos acoge. Y un corazón cálido, como el sol de invierno.

Descalza tus pies. El camino de la contemplación exige una purificación constante de tu existencia.

Que puedas mirarlo todo con ojos limpios, peregrino del silencio. Sólo con ellos verás a Dios.

Busca, ama la sencillez, la simplicidad, la transparencia.

Renuncia a las intenciones dobles y aprende a mirar siempre a los ojos.

Descalza tus píes para poder ser sensible. Aprende a vivir la sensibilidad para las pequeñas cosas. Descubre la necesidad de traducir todo lo que veas en un motivo de súplica o de alabanza y acción de gracias al Padre.

Libera tu vida de todo lo que sea desamor, incomprensión, crítica destructiva, discordia, división... vive la verdad del amor a tus hermanos y no pongas límite a tu amor.

La oración necesita que descalces tus pies y que, desde tu actitud de alma pobre, puedas reconocer en todos al hermano y en cada hermano el rostro de Cristo presente en él.

Descalza los pies de tu alma con tu capacidad constante de perdón. Que en tu andar nunca se ponga el sol sobre tu enfado.

Vive reconciliado. Busca la paz interior. No tengas miedo. Recuerda siempre que el Señor camina contigo. Él es tu fuerza, el motivo de tu confianza.

Detrás de cada problema y dificultad de la vida, encontrarás la mirada atenta del Señor resucitado que te dice: *«No temas, soy yo, estoy contigo, que tengas paz»*.

Sé exigente contigo mismo, pero también deberás saber perdonarte tus propios errores, aceptar tus cansancios y reconocer tus caídas. Es importante que vivas siempre reconciliado contigo mismo.

Vive la reconciliación con los demás. Crea comunión en tu entorno, que predomine en ti la disponibilidad cordial y acogedora, la comprensión y la alegría comunicativa y esperanzada. Que todos puedan encontrar en ti la mano amiga que hace más llevadero el peso de la vida.

Que tus palabras sean siempre de aliento y de amistad. Renuncia a las palabras duras e hirientes.

No juzgues, no midas, no dejes nunca a nadie por «imposible», ni creas que «ya los conoces demasiado».

Confía en las personas, recuerda que en todos hay un rincón de bondad escondido en la maleza de las apariencias, rincón de bondad que tus propios ojos no pueden ver a causa de los prejuicios que tienes de la personas o de las opiniones que los demás te hacen llegar sobre ellas.

Procura dirigir tu mirada a esta bondad que hay en el corazón de todo hombre. Sólo así podrás vivir reconciliado. El vivir la reconciliación fraterna es una condición necesaria para tu ruta contemplativa. Pues no podrás ver a Dios si no puedes mirar con amor a tus hermanos. No podrás escuchar a Dios, si no los escuchas a ellos, no podrás vivir en comunión con Dios, si no estás en comunión con tus hermanos.

Ama la naturaleza, el sol, el aire, el mar, la tierra, los pájaros, los árboles, las flores, los animales... Todos son hermanos en la creación. Son todos ellos obras del Señor. Descubre su mano y su presencia en todo lo creado.

Vive reconciliado con la tierra y así encontrarás en ella un motivo de diálogo y alabanza al Creador. San Francisco nos enseñó a dar a todas las criaturas el dulce nombre de «hermano» y encontraba en la obra de Dios una ocasión de diálogo con el Creador.

El amor por la naturaleza te llevará a vivir en la sencillez y simplicidad de un espíritu abierto, amplio, acogedor.

Recuerda que Dios se muestra en el fondo de las criaturas. Ellas son reflejo de su bondad, de su luz y de su amor. Jesús, el Señor, era amigo de explicar las verdades más profundas del Reino a través de ellas: eran sus parábolas. Nos dejó el memorial de su amor expresado en el sencillo gesto de compartir el pan y beber todos de la misma copa; nos habló de la confianza en la Providencia por medio de lo que todos podemos observar: los lirios del campo y los pájaros del cielo; nos explicó la obra del Reino comparándola con la sal, con la luz y con la levadura escondida en la masa.

Ama también el silencio expresivo de la naturaleza. Y así como buscas el aire fresco del bosque para purificar tus pulmones, o el agua cristalina de la fuente para calmar tu sed, busca en tu vida espacios de silencio y serenidad para renovar tu diálogo constante con Cristo.

No vivas distraído ni disperso. Ten los ojos siempre abiertos para descubrir la presencia de Dios en tu vida. Vive la atención contemplativa;eres peregrino del silencio-, así podrás descubrir los pasos del Señor en tu historia. Él está presente en todo, sale a tu encuentro constantemente... Él siempre está. Únete a esta presencia con tu pensamiento y con tu amor. Haz memoria de Él y mantenla viva en tu corazón.

Procura que tu vida no esté invadida por el desasosiego y por las prisas. No dejes que las preocupaciones arraiguen en ti y lleguen a angustiarte. Que la confianza en el Dios que lo puede todo te dé paz. Vive para ello la pobreza de alma de quien puede decir que en su vida sólo hay dos cosas: el presente que Dios me regala y confianza; nada más.

Que tu corazón sea acogedor. Ten actitud de escucha, y que tu escucha sea un Don.

Procura integrar en tu vida las actitudes de Marta y de María, las hermanas de Lázaro y amigas de Jesús. Las dos recibieron la visita del Señor en su casa con toda su capacidad de amor, pero cada una de ellas lo expresa de una forma distinta. Son dos rostros diferentes pero complementarios de una misma disponibilidad de corazón: el servicio y la escucha.

Aprende de Marta el sentido de acogida y de servicio. Ella manifiesta su amor a Cristo expresándolo en pequeños gestos. Marta procura complacer sirviendo.

María, por su parte, ofrece el don gratuito de su atención y de su escucha. Y recibió el hermoso elogio del Señor: *«María ha escogido la mejor parte, y no le será quitada»*.

Tú, peregrino en la ruta contemplativa, debes buscar estos tiempos gratuitos de atención y de escucha del Señor. Que tu primer objetivo orante sea el de aprender a mirar y a escuchar. La vida de relación interpersonal te servirá de escuela para hacer este aprendizaje. Pero después, con constancia y confianza, busca el silencio y la gratuidad de unos tiempos ofrecidos al Padre, simplemente para mirar y para sentirte mirado por Él con amor. También para escuchar su voz y su presencia.

En los primeros pasos de tu peregrinar, busca también vivir la súplica y la intercesión. Con ello experimentarás que se realiza en ti la conexión entre tu vida y tu oración. Todo puede entrar en tu silencio. Intercede mientras trabajas. Suplica por las personas que se relacionan contigo. Pide al Señor su ayuda y colaboración en tus obligaciones. Aunque también necesitarás vivirlo todo y hacerlo todo con la convicción de que eres tú el colaborador de Dios.

Deja que Dios penetre en todos los rincones de tu vida. Permite entrar su luz y su presencia en tus pensamientos, palabras y obras.

Más importante que llevar una cruz o tener una imagen de Cristo encima de tu mesa es tenerlo siempre vivo y presente en tu corazón. Es tu respuesta al saludo de Jesús: *«La paz esté contigo»*.Es el canto de alabanza que ofreces al Padre con amor. Es la oración de la vida. Que todo en tu vida pueda ser oración.

Si quieres entrar de lleno en un camino de plegaria contemplativa haz de tu vida un don de amor absoluto. Busca siempre la fidelidad constante, creciente y plena al amor. No permitas que las pequeñas infidelidades de tu vida difuminen el deseo sincero de una vida de comunión plena con el Señor. Haz tuya la respuesta del apóstol Pedro a la pregunta de Jesús: *«Pedro ¿me amas?» «Tú lo sabes todo, Señor, tú sabes que te amo»*. Pedro decía estas palabras a Jesús pocos días después de haberlo negado por tres veces.

En tu vida hay también infidelidad y pecado. No te dejes abrumar por ellos. Lucha por superarlos, pon siempre tu buena voluntad, y cuenta con su gracia para ser fiel. Siempre podrás encontrar la comprensión y el perdón del Padre en tu vida.

Valora el sacramento de la reconciliación, es un momento fuerte de gracia en el que podrás ver los brazos del Padre que te esperan y te alientan nuevamente hacia un camino nuevo de fidelidad, de entrega. Un camino que te conduzca a la oración.

Pero no olvides: deja que el amor mueva tu vida. Recuerda que has hecho de ella un camino de entrega; conviértelo todo en una expresión de amor. Haz de tu propia vida un don. Traduce tu vida en una ruta de oración.

El Señor está en todas partes. Descubre esta presencia. El ésta en los hermanos, en lo más profundo de tu propia intimidad, como dice San Agustín. Puedes ver su presencia en la naturaleza.

Pero piensa que Él está realmente presente en la Eucaristía. Estima esta presencia. Responde a ella con frecuentes visitas. Él está, Él te ama y Él te espera. Con esta convicción tienes bastante para sentirte y saberte constantemente invitado.

No vivas de forma superficial la participación en la Eucaristía. Es el momento fuerte que puedes tener todos los días para unirte vivencialmente con Cristo y con la Iglesia. Que la comunión diaria sea alimento y bebida de tu caminar contemplativo. En la misa de cada día vives de forma real lo que siempre quieres vivir en tu corazón: estar en constante comunión con Dios, hacerlo todo en Él. Sabes bien que esta es la verdadera manifestación de la oración contemplativa.

Déjate encontrar por Cristo: hazte siempre el encontradizo. No huyas. Dale a Él tiempo para entrar en ti, para hablarte al corazón y recordar su amor siempre nuevo, siempre primero.

Acuérdate de Jesucristo, une a su cruz tu propia cruz y los sufrimientos y cruces que veas en la vida de los hombres.

En Él está la salvación. Vive la experiencia de saberte salvado por su entrega de amor al Padre. Une toda tu vida a la cruz salvadora y, como peregrino del silencio, recuerda que eres intercesor ante el Padre por las necesidades de todos los hombres.

Es fundamental que tú, peregrino de la ruta del silencio, vivas abandonado en las manos del Padre, porque tu camino es el abandono, tu oración constante es la de Jesús: «Padre, me abandono en tus manos». Tu vida solo puede ser el «haz de mí lo que quieras, cuando tú quieras y como tú quieras, porque te amo».

Tu paz, tu canción, tu alegría nacerá cuando puedas decir con gozo: *«Hagas lo que hagas de mí, te doy gracias, porque te amo»*.

Por tu parte, para vivir el abandono, pon el deseo, y quizás la decisión, de hacerte peregrino de la contemplación por la ruta del silencio. La invitación es un don de la gracia del Padre. Los pasos concretos te los irá mostrando el Señor. Él también probará tu fidelidad de peregrino.

¿Cómo lo hará? Él sabe. Dios tiene un Plan de Amor para ti. Tu vida consiste en realizarlo; tu respuesta será siempre vivir en la fe el camino que Dios quiere para ti. Que Él vea que tú siempre estás, que eres fiel, que sigues deseando, a pesar de las dificultades del camino.

Puede ser que Dios pruebe tu fidelidad «callando», o que permita que no «sientas nada» en tu oración; incluso puede permitir que tengas dudas de fe. Puede ser que la cruz se haga fuertemente presente en tu vida, en tu cuerpo o en tu alma. Ten paz y confía. Sé fiel a su respuesta de amor.

Únete a María en su disponibilidad, en su silencio, en su fidelidad. Que puedas decir siempre *"Sí, que se haga en mí según tu palabra"*.

Acércate también a la experiencia de Elías en el monte Orbe. Hazlo con un corazón de discípulo. Recuerda que existes y vives gracias a la mirada de Dios en ti. Mirada de amor, mirada que reposa siempre en ti. En esta mirada que viene a tu vida el rostro de Dios se desvela y entonces nace esta relación de amistad profunda en la que dos seres, el Creador y la criatura, Dios y tú, se miran a los ojos.

Tu oración será siempre tratar de amistad con quien sabes que te ama.

¿Quieres sabe si avanzas en la ruta contemplativa? ¿Quieres saber si, de verdad, estás realizando tu vocación de peregrino? Te bastará ver claramente el indicativo. La señal de que estás en el camino del conocimiento de Dios es el deseo de conocerle más.

Queda mucho por decir en esta carta de ruta. Pero, hermano, hermana, peregrinos del silencio, quiero concluirla con dos palabras finales. Podrás comprobar que cuando Dios te ama y tienes el gozo de percibir su amor, todo tu ser cambia en lo más profundo.

Haz, pues, con Moisés, esta triple petición: *«Dame a conocer tus caminos, hazme conocer tu gracia, concédeme, por favor, el don de poder ver tu gloria»*.

<http://www.abandono.com/Boada/PerOr08.htm>